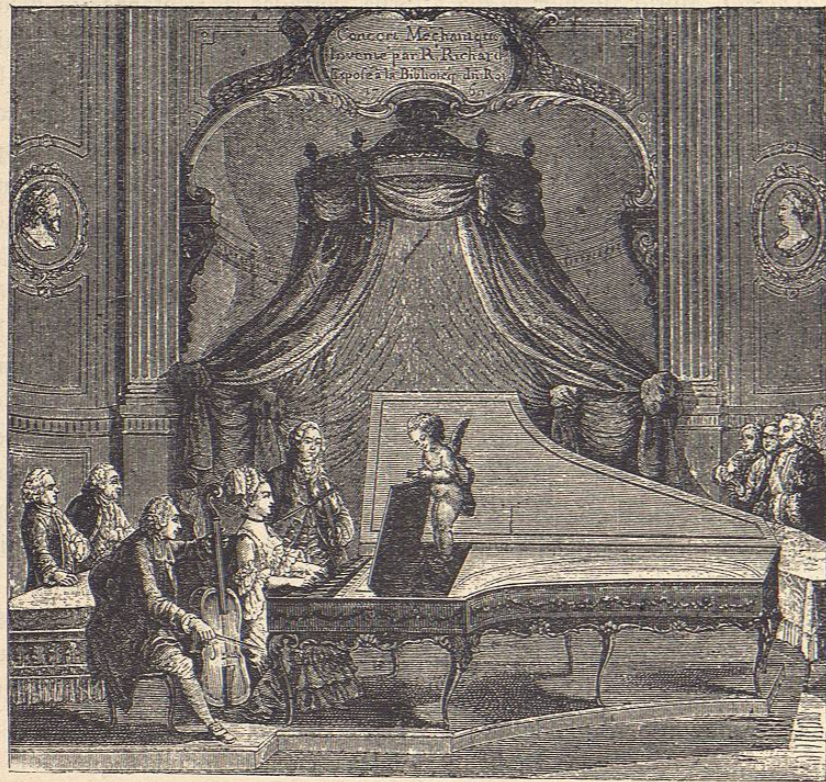


en los albores de la revolución. En una casa de la calle de Saint-Claude dispuso Cagliostro una cámara arreglada y decorada de la manera más extravagante. Fué en esta casa en donde fundó la logia de la *masonería egipcia*, en la cual se atribuyó las funciones de *gran cofre*. El objeto confesado de esta especie de sociedad era el procurar á los adeptos el dón de la inmortalidad, por medio de un cierto elixir mágico, que Cagliostro prometía á los que engañaba, embaucándolos con la esperanza de ob-

tenerlo del oro. La sola piedra filosofal que este audaz impostor había encontrado, no consistía sino en las sumas considerables que hacía salir, en provecho suyo, de la bolsa de los iniciados. El proceso del Collar, en el que Cagliostro apareció comprometido y acusado, puso fin á esta comedia que los más grandes personajes habían contribuido como los que más á fomentar. Pero después de la sentencia del parlamento, que absolvía á José Balsamo, pero desterrándole del reino, ganóse con su perse-



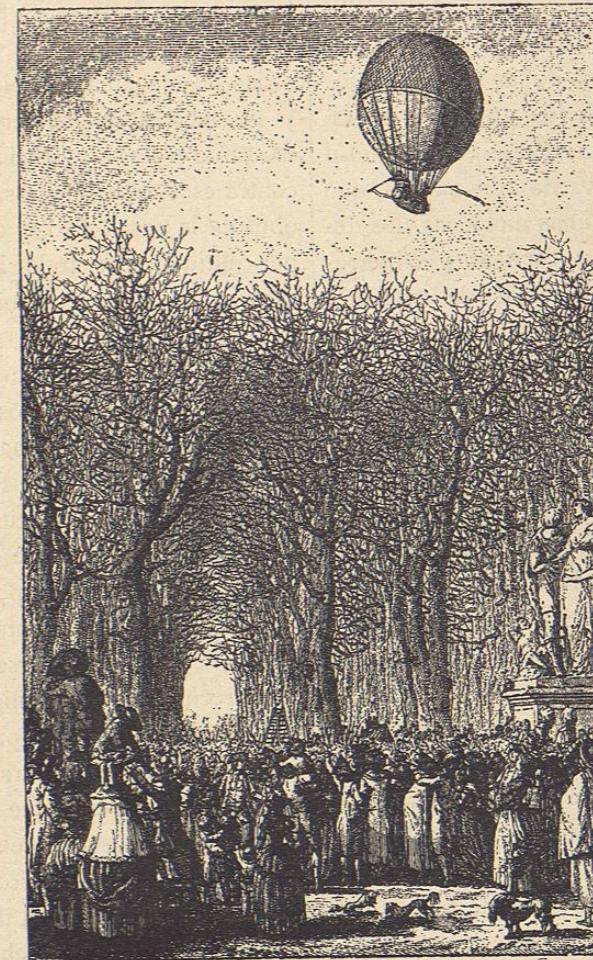
Concierto mecánico

cución entusiastas partidarios que continuaron buscando la piedra filosofal. Mercier, en su *Cuadro de París*,—1788,—habla con sentimiento de la persistencia de sus adeptos. «La ignorancia en materia de química los hacía antes en gran número, los nuevos descubrimientos han dado alguna boga al deseo de intentar la gran obra. Esto no debe sorprendernos en un siglo en que el espíritu humano, audaz y ávido de instrucción, cae de nuevo en las ciencias ocultas de la chiromancia, mágica, astrología y alquimia. La filosofía hermética, que excita la avaricia del hombre, no podía dejar de tener sus partidarios, pues el oro tiene numerosos adoradores.» La fantasmagoría, de la que se atribuyó la invención el físico belga Esteban Gaspar Robert, llamado Robertson, porque fué el primero en hacer

en Lieja en 1787 el primer experimento de esta ingeniosa aplicación de la linterna mágica ó espantosas ilusiones de óptica fué, en realidad, inventada en Alemania ó Suiza; pero Cagliostro fué el primero que la introdujo en Francia sirviéndose de ella con éxito en las sesiones misteriosas de su masonería egipciaca. Este nuevo arte que los charlatanes se habían apropiado y que se guardaban de explicar á los profanos, favoreció ciertamente los engaños de diferentes sectas místicas que aparecieron en las logias masónicas desde el tiempo de Luis XV. Una de esas sectas, la de los iluminados, fué fundada por un portugués llamado Martínez de Pasqualis, que fué su jefe reconocido y el que introdujo en la masonería francesa una especie de rito cabalístico. Los discípulos de Martínez se llamaron *Martinistas*

después de la muerte de su maestro que había dejado su evangelio á las logias masónicas del Langüedoc y de la Provenza. En París no fueron conocidas hasta diez años más tarde, y á excepción de San Martín que se intitulaba el *Filósofo desconocido*, no hicieron prosélitos. ¡Quién hubiese creído jamás, dice Mercier, que después de los enciclopedistas pudieran venir los martinistas! Y añade Mercier, los martinis-

tas componen una secta enteramente nueva que, volviendo en absoluto la espalda á los dos caminos abiertos por la sana física y por la sólida química, y divorciándose de todo lo que nos dice la historia natural, se ha precipitado en un mundo invisible que solo ella apercibe. Los martinistas han adoptado las visiones del sueco Swedenborg, quien ha visto á los ángeles, con quienes ha hablado, y quienes le han



Ascensión de un montgolfier

descrito con sangre fría su morada, su escritura y sus costumbres, un hombre, en fin, que ha visto con sus propios ojos las *maravillas del cielo y del infierno*. Mercier reconocía, sin embargo, que esos sectarios eran los más dulces de los hombres, los más inofensivos, y que sólo pensaban en acercarse al Sér supremo por medio de la práctica de las virtudes.

Esos sistemas de iluminismo, acompañados de ordinario de todo un aparato fantasmagórico, producían una impresión profunda sobre las naturalezas nerviosas y sobre las imaginaciones apasiona-

das, pero la ciencia no podía sacar de ellos ningún hecho cierto, ninguna demostración práctica. Por ejemplo, en 1788, se vió la formación de una secta de espiritualistas, que creían ponerse en comunicación con los espíritus del mundo invisible y que pretendían tener autoridad para invocar los muertos. La credulidad de las gentes de ingenio, por este tiempo, estaba siempre pronta á conmovirse por innovaciones maravillosas de tal índole. Permitted es suponer que ciertos fenómenos eléctricos, todavía no caracterizados, se mezclaban con esas últimas tentativas de una filosofía oculta. Así la

electricidad y el magnetismo animal fueron más de una vez las causas desconocidas de diferentes hechos misteriosos, que la ciencia en vano procuraba explicar y que el vulgo consideraba como descubrimientos admirables y como actos sobrenaturales. Convendría tal vez remontar hasta los curiosos experimentos del *brujo* Bleton, la primera demostración de la existencia de un fluido ó agente invisible que Galvani debía descubrir más tarde en Florencia,—1789,—de una manera científica. Bleton era un aldeano del Delfinado, donde las propiedades milagrosas de la varita de las virtudes nadie las ponía en duda, después de los prodigios operados, á últimos del siglo precedente, por el famoso *brujo*, Jaime Aymar. Esta varita adivinatoria, que servía para descubrir las minas metálicas, los tesoros ocultos, las fuentes y corrientes subterráneas, se componía de dos ramas de avellano, que el *rabdomam* ó *hydroscoipo* que así se llamaban los que las usaban, interrogaba en silencio, en tanto daba vueltas por entre sus dedos. Bleton había reemplazado esta varita de madera por otra de plata, que colocaba sobre su mano abierta y cuyo movimiento rotatorio acusaba con mayor ó menor rapidez la presencia de las fuentes, su volumen y profundidad. Bleton además era advertido de su presencia por extrañas sensaciones, y por una especie de presentimiento convulsivo, cuando se acercaba al punto en donde debía encontrarse la agua. No se hablaba más que de él y de su talento de *brujo*, en toda la Borgoña, teatro de sus primeras hazañas desde el año 1778. Asegurábase que había indicado, por medio de su varita, por lo menos dos mil fuentes más ó menos abundantes, esto en terrenos que parecían completamente desprovistos de agua. Invitóse al fin, para que fuera á París á demostrar su habilidad, y esto hizo en la primavera del año 1782, convirtiéndose durante más de dos meses en objeto constante de la curiosidad pública, pues no se negaba á experimento alguno delante de los testigos designados para vigilar sus operaciones y dar fe de sus resultados. Es de esta suerte como Bleton acompañado de los testigos recorrió el jardín de las Tullerías y luégo el jardín de Luxemburgo, y allí, bajo los ojos de la multitud, designó su varita, que giraba entre sus dedos, el sitio en donde se debía encontrar la agua á pocos metros del suelo. Los experimentos se renovaron con la misma buena suerte en varias casas de campo de los alrededores de París. Los incrédulos y los mal intencionados le suscitaron la desconfianza pública, que en vano trató de destruir, dejándose tapar los ojos durante

sus experimentos, que no hacían sino mejorar en sus resultados. Se le tendieron diferentes zancadillas, procuróse hasta engañarle, cuando se le conducía, tapados los ojos, por el puente real y en la nueva iglesia de Santa Genoveva, pidiéndole que encontrara en algún punto una fuente ó aguas subterráneas. Bleton salía siempre con honor de esas peligrosas pruebas, y á pesar de la mala fe ó parcialidad de algunos sabios, dejó probados los singulares efectos de la varita adivinatoria. Por orden de la reina fué llamado al jardín del Trianon, y por orden de madama Adelaida, al palacio de Bellevue, y las fuentes respondieron al llamamiento de su varita de plata. La ciencia teórica nada pudo argüir contra esos experimentos, que se computaban á la obra de la casualidad, y el brujo delfinés, olvidado, por último, por todo París, tuvo que regresar oscuramente á su provincia con su varita adivinatoria.

El descubrimiento de los globos aereostáticos atribuido á los hermanos Montgolfier,—1783,—y los ingeniosos perfeccionamientos que á ellos llevaron los físicos Carlos y Pilatre de Bozier, tuvieron más larga boga, y suscitaron mayores simpatías. Durante más de veinte meses, la preocupación pública estuvo excitada por los quiméricos experimentos del establecimiento regular de viajes aéreos. Hasta llegó á construirse un grande globo que debía reemplazar á la diligencia entre París y Londres, pero nadie se había preocupado por los medios que debían emplearse para sostenerle en los aires y para dirigirlo. Desde que Charles había imaginado hinchar los aereostatos con aire inflamable, que no era más que el gas hidrógeno, varios aereonautas alimentaban la esperanza de hacer posible la dirección de los globos. Blanchard era uno de esos atrevidos inventores. A la edad de diez y nueve años, imaginó un buque volante que se levantaba del suelo por medio de un contrapeso. Construyó un globo tomando por modelo el que había servido para los experimentos de Charles y de Robert, y lo llevó á Inglaterra, en donde hizo dos ó tres ascensiones, cuyo éxito le animaron á intentar una más temeraria. El día 7 de Enero de 1785, montó en la navicilla de su globo con el doctor inglés Jeffreys, y atravesó el mar entre Douvres y Calais. No había hecho más que aprovechar un viento favorable, pero no por esto pretendía menos que el resultado de su audaz empresa se debía á sus nuevas combinaciones aereostáticas. El rey recompensó su feliz ensayo con un donativo de doce mil libras y una pensión de mil doscientas. La emulación fué

grande entre los aereonautas que querían imitar á Blanchard y aún adelantarle. Pilatre de Rozier y Romain anunciaron que irían en globo de Bolonia á Douvres; á este efecto prepararon un montgolfier coronado de otro globo que debía ir lleno de gas hidrógeno. Francia entera se interesaba por tales experimentos y el gobierno los tomaba á empeño. Los dos viajeros se trasladaron á Bolonia con su aparato, pero su partida la retardaron las dificultades de los preparativos del viaje aéreo contrariado por los vientos. En fin, el día 15 de Junio de 1785, se embarcaron en su globo, en el que iba un hornillo encendido que llenaba de aire caliente el montgolfier que el globo superior levantó rápidamente á una altura de quinientas toesas. Una ráfaga de viento derribó el hornillo y el fuego cundió por el montgolfier que hizo estallar el gas del globo. Los dos aereonautas fueron precipitados, de esa espantosa elevación, á la ribera, á cinco cuartos de legua de Bolonia. Esta horrible catástrofe puso fin de repente á la moda de los globos, en el mismo momento en que el infatigable Blanchard acababa de inventar el paracaídas, destinado á facilitar los descendimientos, hasta entonces sumamente peligrosos de los aereonautas.

La indiferencia y el desprecio reemplazaban en Francia muy pronto al entusiasmo y al apasionamiento, pero en revancha el prejuicio y la rutina, protestaban largo tiempo contra toda especie de innovación. Las *tontinas* ó empréstitos amortizables con primas que un napolitano llamado Lorenzo Tonti inventó, se habían adaptado tan bien á los usos y costumbres de los franceses desde 1656, que el gobierno tuvo mucho que hacer para modificarlas y suprimirlas; pero cuando el aventurero veneciano Jaime de Casanova vino á proponer al gobierno el establecimiento del sistema de loterías permanentes, esta novedad fué acogida con cierta especie de furor que alimentaba la pasión por el juego. Hasta entonces no se habían celebrado más que loterías de beneficencia, tales como la lotería de los Expósitos,—Diciembre 1754.—La verdadera lotería inventada por Casanova fué introducida en Francia, bajo el nombre de Lotería de la Escuela militar.—1758,—y esta lotería produjo sumas enormes al Estado. Hubo también una Lotería en la Casa Consistorial de París, cuyos grandes beneficios debían servir para aumentar las rentas de la ciudad; pero el día 30 de Junio de 1776, suprimió el rey todas estas loterías y las reemplazó por la Lotería real de Francia, fundada en bases que la ciencia matemática había sólidamente establecido en interés del

Estado. Los hombres de Estado, durante los reinados de Luís XV y Luís XVI, se ingeniaban por encontrar invenciones financieras que llenaran de dinero las arcas reales.

Las *tontinas* se habían por fin reconocido como ruinosas por el Estado; la creación de rentas vitalicias era mucho más ventajosa si el Estado hubiese estado mejor administrado y hubiese tenido fondos de reserva; pero para ello hubiese sido necesario cambiar enteramente el sistema hasta entonces seguido para las rentas vitalicias, confirmándose escrupulosamente con las reglas que el sabio matemático Deparcieux había trazado en su *Ensayo sobre la probabilidad de la vida humana*,—1746-1760.— Ese hermoso libro en el que el autor busca las leyes que determinan la época probable de la muerte del individuo, en razón de su nacimiento, de su edad y de su profesión, puede considerarse como uno de los más ingeniosos descubrimientos de la ciencia moderna. Deparcieux fijó por primera vez la duración ordinaria de la vida del hombre, y, según sus cálculos, apoyados en los de Halley, no había entonces, de entre setecientos niños nacidos en un mismo año, más que cinco probabilidades en favor de los que podían alcanzar la edad de noventa años.

Era á la ciencia médica á la que tocaba aumentar el número de probabilidades de larga vida, disminuyendo las de mortalidad. Juan Bernouilli había hecho cálculos análogos á los de Deparcieux, para determinar las probabilidades favorables y desfavorables de la inoculación, que, de una manera tan lenta se propagaba en Francia. «El que se hace inocular, decía Bernouilli, está en el caso de un jugador que arriesga uno contra ciento en una sesión, con la esperanza de añadir á su capital una suma desconocida y bastante pequeña, al cabo de un número de años muy remotos.» La inoculación era de importación inglesa, y esta era lo que tenía recelosos á los cirujanos franceses, pues se trataba de un descubrimiento que no habían hecho. En fin, una comisión de la Facultad de medicina de París se rindió á la evidencia, y declaró, en su Informe definitivo que, «la inoculación tenía que salvar la vida de un número prodigioso de ciudadanos; que á la vez impediría que muchos otros no quedaran desfigurados ó mutilados; y que, por consiguiente, era útil á la sociedad en general y por lo mismo á los particulares.» A pesar de la tolerancia, pues, que le concedía la Facultad, la inoculación no llegaba á triunfar de las repugnancias y hostilidades de sus antagonistas. Fué solamente en 1750 cuando el Duque de Orleans hizo inocular á sus dos hijos